

LA LLUVIA

No vuelan los pájaros con la lluvia, saben dónde refugiarse, como los mosquitos y demás insectos alados. La lluvia arrastra al suelo los polvos y así el aire gana en transparencia.

¡De la lluvia me gusta que sea tan terrestre! En la Luna golpea el sol pero no la lluvia, ni llueve en los demás planetas del sistema solar. Si un marciano se tropezara con un paraguas, es poco probable que lograra adivinar su función originaria; no, más bien lo confundiría con un instrumento musical o una escultura plegable. Me viene a la mente Giacometti con la cabeza encajada entre los hombros y el impermeable estirado por encima de la cabeza, a dos aguas, mientras cruza una calle de París brillantada por la lluvia. La célebre foto de Cartier-Bresson. ¿Qué tiene que ver Giacometti con los extraterrestres? Un poco tiene que ver, al menos debido a su punto de observación, tan cercano a la Tierra y a sus habitantes y al mismo tiempo tan astronómicamente separado. Y además, justamente, no conocía los paraguas, o en cualquier caso aquella vez se había olvidado de llevarlo.

Según enseña el manual de ciencias, la vida toda está reunida en los diez, como máximo veinte kilómetros de espesor de la franja más interna de la atmósfera terrestre, que es también la de la lluvia y la de todos los demás fenómenos meteorológicos. Vapor ácuo, oxígeno, nitrógeno, anhídrido carbónico: es inmersos en esa mezcla de gases que

encendemos nuestra vieja radio, también llamada “transistor”, palabra mágica ya en desuso, y escuchamos el pronóstico.

Lluvia, lluvia y más lluvia.

Bueno, aunque ya no sepamos quiénes somos y dónde nos encontramos, aunque nos sintamos, como sucede, íntimamente perdidos, el planeta es exactamente así, y por lo menos en esto hay algo de tranquilizador.

Lluvia, lluvia y más lluvia.

El poeta chino Tao Qian, que vivió entre los siglos iv y v d. C., escribió un poema titulado *Inundación*, donde la llanura es una riada y en medio de esa riada hay una casa y asomado a una ventana de esa casa está él mismo, Tao Qian, que mira afuera y no ve aparecer ningún bote.

Para describir esas veloces lluvias estivales que te sorprenden en la montaña, en cambio, un poeta de mi zona acuñó una expresión memorable: “una lluvia toda atravesada de sol”. Si hubiera escrito lo contrario, “el sol atravesado por la lluvia”, habría dicho algo sensato, pero no habría captado la luz tan especial de esos chubascos estivales casi sin nubes.

Lluvia, lluvia, grata lluvia.

El otoño deja paso al invierno y en la radio pronostican “precipitaciones ininterrumpidas”.

¿Sientes la humedad que se filtra por las paredes? Un fuego en casa no podemos encender, pero una vela sí. Una llama, por pequeña que sea, entona siempre el contrapunto de la lluvia.

Mientras escribo estas líneas, afuera llueve. No es de extrañar. Es en los días de lluvia que los docentes propensos a la tautología asignan como tema de composición la lluvia, y hoy yo fui el docente de mí mismo, en la más pequeña de las clases posibles: la de un solo alumno.

LA DIVISIÓN DE LAS LOMBRICES

En un libro de noticias científicas yo había leído que, cuando se corta la lombriz en dos, las dos mitades luego se regeneran y sobreviven como lombrices autónomas. Recuperé el libro. La formulación exacta que me había impactado es esta: “Si se corta una lombriz, por ejemplo con una azada, las dos partes no mueren, sino que se completan. Una fabrica un nuevo ano, la otra la nueva cabeza”.

En el mismo libro encontré también una hojita con varios garabatos y un viejo apunte:

lombriz
lom / briz
lomb / mbriz
lombriz / lombriz

Si la primera lombriz se llama Giovanni, ¿cómo se llamarán las últimas dos? ¿Giò y Vanni o Luigi y Antonio? Además, hay que preguntarse cuántas veces puede repetirse el juego. ¿Qué sucede si cortamos en dos también a Luigi y Antonio y a sus posteriores descendientes? Recuerdo que para mí en aquella época esto de la división de las lombrices se me había convertido en una fijación y me había convencido de la necesidad de llevar a cabo un experimento práctico.

Que las lombrices tuvieran una índole suicida se entendía por cómo se aventuraban por el asfalto en los días de

lluvia. ¿O se trataba más bien de inconsciencia, la misma inconsciencia que las volvía ajenas al problema de la identidad personal y aparentemente indiferentes al hecho de ser una o dos? Y sin embargo, no podía encontrar el valor para pasar a la acción, tal vez porque eran criaturas tan inermes e inofensivas. Esa era su defensa: su extrema humildad.

Las lombrices, además, son ciegas. En el libro se lee esta frase impresionante: “La lombriz, al vivir continuamente en la oscuridad, no tiene ojos. Sin embargo, cuando se la ilumina con una linterna, trata de esconderse; está, por lo tanto, en condiciones de distinguir la luz de la oscuridad. Eso se debe a la sensibilidad de la piel”.

En resumen, no podía; entendía que un auténtico científico debía poseer cierto grado de crueldad y que el conocimiento requería de sacrificios, como cuando había desarmado la radio, pero esta vez implicaba afectar la vida viva y yo sentía que era algo cercano a lo sagrado.

Entonces un día, después del enésimo temporal de aquella larga estación de lluvias, tomé las tijeras, fui al parque y corté una. Yo tenía el corazón a mil, la vista empañada, las dos mitades se retorcían en la lata que había llevado para poder observar mejor los resultados de la prueba, pero luego tuve un desfallecimiento, tiré la lata en un arbusto y me escapé.

Creo que al día siguiente ya estaba todo olvidado. Mis conocimientos zoológicos seguían teniendo lagunas y careciendo de toda evidencia experimental, pero estaba bien así. La etapa de las lombrices, en cualquier caso, había terminado por ceder su puesto a alguna otra fijación típica de esa edad en que uno crece pasando de una fijación a otra.